



ENSAYOS DIVULGATIVOS DEL ICS

¿POR QUÉ IMPORTA EUROPA *TODAVÍA HOY?*

Jaume Aurell

Grupo de investigación 'Religión y sociedad civil', ICS



ics
Universidad
de Navarra

La potencia de las naciones está cuantificada, hoy más que nunca, en la productividad económica y el poderío militar, más que los tesoros culturales, la estabilidad social y las herencias religiosas. Los rankings de los países están elaborados, sistemáticamente, siguiendo criterios monetarios y de confort material. Ya nadie se cuestiona que puede haber otros modos de valorar la *riqueza de las naciones*, que tengan en cuenta otros parámetros alternativos, y más humanos, como los culturales, sociales, intelectuales y espirituales. Este artículo invita a cuestionar este modo de *evaluar* al mundo y se centra especialmente en la conveniencia de revalorizar algunas de las importaciones fundamentales que han surgido (y siguen surgiendo) en Europa.

Uno de los pocos historiadores del siglo pasado que ha escapado del anonimato ha sido el británico Toni Judt (1948-2010). Apasionado defensor de la socialdemocracia europea como término medio entre la planificación estatal y el neoliberalismo radical, pasó buena parte de los últimos años de su vida –truncada dramáticamente con una esclerosis múltiple que no le impidió trabajar hasta el último día, en circunstancias muy adversas– dedicado a la escritura de *Posguerra* (2005). Esta obra, que debería formar parte de las lecturas obligatorias de los bachilleratos de las escuelas europeas, es una sobrecogedora síntesis de la historia

de Europa desde el final de la segunda guerra mundial a la actualidad. Su narrativa aún a admirablemente el ritmo del thriller, el detalle de la monografía, la ambición de una enciclopedia y la clarividencia de un ensayo intelectual. Al final de una epopeya de 1.200 páginas, en las que se detalla la reconstrucción de Europa tras la guerra mundial, los afanes de unificación, la llegada de la prosperidad de los 1960 con su paradójico “malestar”, la oleada liberal de los años 1980 y la reestructuración tras la caída del Muro de Berlín, el autor finaliza con la siguiente aseveración:

“El siglo XX – el de Estados Unidos – experimentó la caída de Europa en el abismo. El proceso de recuperación del viejo continente fue lento e incierto. En cierto sentido, nunca acabaría de completarse. Estados Unidos gozaría del mayor ejército y China fabricaría más bienes y más baratos. Pero ni Estados Unidos ni China tienen a su disposición un modelo útil susceptible de emulación universal. A pesar de los horrores de su pasado reciente – y en gran medida a causa de ellos – ahora son los “europeos” los mejor situados para ofrecer al mundo ciertos modestos consejos sobre cómo evitar la repetición de sus propios errores. Pocos lo habrían predicho hace sesenta años, pero el siglo XXI todavía puede pertenecer a Europa.”

Europa, el Viejo Continente, ya había experimentado en su seno, especialmente entre las guerras religiosas del siglo XVI (la Guerra de los Treinta Años) y las guerras ideológicas del siglo XX (las Guerras Mundiales), lo que significa deslizarse por el precipicio de la competición nacional. En la Edad Moderna, esas grandes potencias (España, Francia, Inglaterra), se lanzaron a una desesperada

Pocos lo habrían predicho hace sesenta años, pero el siglo XXI todavía puede pertenecer a Europa.



competición por la gloria. En la Edad Contemporánea, con la expansión colonial, se trató más bien de una hegemonía por el poder. Pero el desolador resultado final fue el mismo, tal como quedó patente la autodestrucción propiciada por las guerras mundiales con su espeluznante epílogo atómico.

A partir de 1945, Europa se autoimpuso – o se le impuso – quedar fuera de las tensiones ruso-americanas propias de la guerra fría y de las chino-americanas que estamos experimentando actualmente. Y, sin embargo, aun contando con su inferioridad económica y militar, su función como mediadora entre los excesos autoritarios de China, el individualismo crónico

El mejor modo de comprender el pasado – sin el cual es imposible interpretar el presente –, es preservar un ponderado balance entre tradición y modernidad



estadounidense y el aislacionismo islámico deberían ser más tenidas en cuenta.

Cualquier apasionado por la historia sabe que la existencia humana se ha caracterizado por un peculiar equilibrio entre el *nihil novum sub sole* (“nada nuevo bajo el sol”) y el *panta rei* (“todo fluye”). Siempre he pensado que el mejor modo de comprender el pasado – sin el cual es imposible interpretar el presente – es preservar un ponderado balance entre tradición y modernidad, entre experiencia e innovación, entre continuidad y discontinuidad, entre

permanencia y cambio, entre madurez y juventud. Las sociedades tradicionales como la medieval se inclinan por la tradición, la experiencia, la continuidad y la permanencia, aceptando los cambios solo después de una ponderada (y hasta exasperante) comprobación de que lo “nuevo” es realmente *mejor* que lo “viejo”, y por tanto merece la pena ser asimilado. Las sociedades modernas (eso es lo que significa “moderna” en alemán: “lo nuevo”), y todavía más agudamente las postmodernas, optan sistemáticamente – con una seguridad que en ocasiones parece más bien una llamativa frivolidad acrítica – por la innovación, la juventud y el cambio.

Probablemente, es una utopía clamar por una sociedad donde tradición e innovación encuentren un acomodo equidistante. Estados Unidos está aferrado a una pasión por la innovación que le hace perder en ocasiones, literalmente, el Norte y no aprovechar su propia *experiencia*: no comprendo de otro modo, por ejemplo, que haya habido tantas similitudes entre las crisis financieras de 1929 y de 2008, y que nadie fuera capaz de diagnosticarlas adecuadamente, en ese gran país

que cuenta con tantos observadores autorizados. China y el Islam, por el contrario, se decantan claramente por la tradición (más bien, por el tradicionalismo), siendo incapaz la primera de superar su comunismo planificador, autoritario y deshumanizador, y el segundo su perversa confusión entre lo político y lo religioso.

¿Qué hay, pues, de Europa? En esa ecuación, el Viejo Continente se ha mantenido más fiel a la tradición – de una riqueza ciertamente inagotable – aunque sin renunciar sistemáticamente a la innovación. La Unión Europea se presenta como una dama anciana que lucha por mantener toda la dignidad de su pasado glorioso, pero con la dificultad añadida de que no puede correr tanto como otras sociedades más jóvenes. Por un lado, es cierto que Europa tiene motivos para enorgullecerse de su pasado: este pequeño territorio es, con muchísima diferencia, el lugar más visitado por los turistas, lo que evidencia la riqueza del patrimonio material y espiritual de su herencia. El igualitarismo puede funcionar demagógicamente en cuestiones sociales, económicas y pedagógicas, pero la historia dicta sentencia, y nos

enseña que no todas las civilizaciones fueron iguales. Pero, además, no es una casualidad que Europa sea también el destino más ambicionado por la inmigración, lo que nos dice también mucho de su capacidad de atracción en el presente.

Europa no es, pues, solo tradición, nostalgia y monumentos. En primer

***La Unión Europea
se presenta como
una dama anciana
que lucha por
mantener toda la
dignidad de su
pasado glorioso,
pero con la
dificultad añadida
de que no puede
correr tanto como
otras sociedades
más jóvenes.***



lugar, ha sido capaz de dotar a sus sociedades de un Estado del Bienestar que ha garantizado unos derechos universales mínimos de asistencia, educación, jubilación y de paro como nunca antes ninguna otra sociedad había alcanzado en toda la historia de la humanidad. El sistema está siendo cuestionado, ciertamente, por las incógnitas que presenta su mantenimiento. Pero nadie en su sano juicio podrá negar que ha respondido (y esperamos que pueda seguir respondiendo en el futuro) a unas necesidades acordes con la dignidad de las personas, que se echan tanto en falta en otros lugares. Por otro lado, Europa ha conseguido un cierto grado de armonía social, especialmente visible en las grandes urbes, que en otros continentes sufren carencias materiales y urbanísticas insufribles.

Europa no es, desde luego, un paraíso, y hay mucho margen de mejora. Pero sus ciudadanos saben valorar el esfuerzo de sus antepasados por organizar una sociedad solidaria en sus aspectos más básicos, y procuran preservar esa solidaridad como un tesoro, cueste lo que cueste. Finalmente, no es la utopía de los deseos inalcanzables las que construyen las

sociedades, sino las lentas transformaciones que alcanzan unas metas realistas, basadas en un esfuerzo común, y que finalmente aguantan un análisis comparativo con otras regiones del planeta.

Pero, como todos los cuadros, esta situación tiene sus claroscuros. Para muchos, la anciana dama europea ha conseguido todo esto gracias al expolio de la colonización. Sin embargo – aquí las enseñanzas de una historia vuelven a ser cruciales – ese expolio se ha repetido en muchas ocasiones a lo largo de la historia, y con el mismo nivel de expoliación (si no muchísimo mayor, miradas las cosas en términos relativos.) Los imperios se han ido repitiendo desde el mundo antiguo a la actualidad. Basta una sencilla visita a internet (https://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Imperios_por_superficie) para verificar que solo el imperio británico ha podido rivalizar, en términos de extensión y de “expoliación”, con los imperios mongol medieval, el ruso-comunista contemporáneo, el chino de la dinastía Qing y el califato omeya islámico. A ellos habría que añadir los imperios persa antiguo y otomano modernos, que en términos relativos serían asimilables

La tendencia a la autoflagelación occidental esté desviando la atención de lo verdaderamente crucial.



a cualquiera de los anteriores, y análogos a los españoles, portugueses y franceses modernos. Y, sin embargo, a todos esos – básicamente, los islámicos, comunistas y chinos – no se les pasa factura de ese supuesto expolio, ni se les obliga a una petición de perdón que es realmente justa y, pero que debería ser también ecuaníme y equitativa.

Desde mi punto de vista, es una verdadera tragedia que esta tendencia a la autoflagelación occidental esté desviando la atención de lo verdaderamente crucial: ¿por qué no tratar de imitar, o por lo menos intentar asimilar parcialmente, un modelo que, objetivamente, ha funcionado bien? La grandeza de Europa se forjó

precisamente a través del triple ejercicio, tratando de guardar un complejo pero eficaz equilibrio: (1) el afecto por la propia tradición judeo-cristiana, (2) la apertura hacia la investigación científica y la innovación técnica, y (3) una mentalidad abierta a las consecuencias de otras civilizaciones – que tanto se echa en falta, por cierto, en otras civilizaciones como la china y la islámica.

Nada hubiera sido posible si una sola de estas tres premisas hubiera fallado: ni Homero y Fidias, ni Platón y Aristóteles, ni Virgilio y Augusto, ni Pablo y Agustín, ni Abelardo y Tomás, ni Dante y Giotto, ni Leonardo y Miguel Ángel, ni Florencia ni Venecia, ni Shakespeare y Cervantes, ni Newton y Einstein, ni Hitchcock y Audrey Hepburn, ni Churchill y Juan Pablo II, ni Bill Gates y Steve Jobs. Lo que resulta paradójico – y algo esperpéntico – es que esta autoflagelación, que está minando la cultura occidental desde dentro, viene ingenuamente incentivada por unos agentes que parecen no caer en la cuenta de que muchas de sus críticas a Occidente favorecen finalmente a otras potencias extra-occidentales

La justa crítica en favor de las reivindicaciones sociales no ha surgido de las civilizaciones chinas, islámicas, hindús o eslavo-rusa, sino de Occidente.



igualmente imperialistas. Lo triste que es que esas potencias anti-occidentales están muy lejos, además, de ser capaces de iniciar un movimiento por los derechos universales, basado en la autocrítica social, como el que inició Occidente desde los años 1960. A pesar de sus claroscuros, y de sus avances y retrocesos, esos movimientos de liberación de raza, género, clase y de todo tipo de minorías, están dando sus frutos, con un marco jurídico habilitado para denunciar desigualdades y abusos. Se miren donde se miren las cosas, la justa crítica en favor de las

reivindicaciones sociales no ha surgido de las civilizaciones chinas, islámicas, hindús o eslavo-rusa, sino de Occidente. Es un hecho irrefutable, que no necesita ninguna sesuda interpretación como tampoco ninguna sofisticada crítica postcolonial, que en Occidente hay sinagogas y en los países islámicos no hay iglesias. Una sana autocrítica no tiene absolutamente nada que ver con una demagógica autoflagelación autodestructiva.

La imagen de la anciana dama europea es expresiva también de la exasperante lentitud con la que los gobernantes de la UE de Bruselas deciden algunas de las cuestiones más serias, amparándose en la prudencia que dan los años.

La ponderación y la premiosidad de la vieja dama tienen también la contrapartida – desde mi punto de vista, muy positiva– del cuestionamiento de los avances de la técnica, que en otros lugares del planeta pueden acarrear sobrecogedoras injusticias. Por ejemplo, mientras los Estados Unidos avanzaban en la utilización del reconocimiento facial como una herramienta de seguridad, y prueba suficiente de potenciales detenciones, Europa había sido

siempre muy cauta y precavida a la hora de aplicarla. De hecho, las empresas europeas que pretenden implantar esta tecnología tienen que respetar algunas leyes específicas que tienen como objetivo la protección de datos de sus empleados.

En abril de 2021 salió a la luz pública el caso del ciudadano norteamericano Robert Williams, que fue violentamente detenido porque un algoritmo le confundió con otra persona. Este hombre tuvo una experiencia tan desgarradora que decidió luchar para que se dejara de utilizar esta herramienta. Ahora acaba de presentar una demanda para prohibir estos sistemas en Detroit y tiene bien encaminada su reclamación. Si gana, el ejemplo puede cundir en el resto del país, limitando el uso del reconocimiento fácil a una herramienta complementaria de seguridad. El dilema entre seguridad y libertad es muy complejo, pero precisamente por esto se requieren soluciones que no perjudiquen a las personas en sus derechos más esenciales. Esa actitud ponderada de Europa también es aplicable a la implantación de las nuevas tecnologías y su fondo ético, especialmente en la necesidad de

una mayor regulación, algo que un reflejo asimismo de su prudente actitud ante los mercados financieros o el cuidado del medio ambiente. En estos campos – tecnología, finanzas, ecología– Estados Unidos suele optar algo inconscientemente por la desregulación desmedida. China ni siquiera se plantea el problema.

Mi formación como historiador medievalista me empuja, de modo natural, a analizar los problemas actuales con una visión de largo plazo. No considero que esta visión a largo plazo sea mejor ni peor que la del corto plazo, la de los observadores geopolíticos y periodistas internacionales.

Pienso que lo ideal es que se complementen, y que los historiadores deberíamos atrevernos en mayor medida a intervenir en esos debates actuales. Por ejemplo, siempre he pensado que hay muchos paralelismos entre la época tardoantigua, que experimentó el derrumbe de la civilización romana, y nuestra época tradomoderna, en la que algunos se empeñan por demoler la herencia occidental. Es una ironía de la historia que quienes achacan a bárbaros tardoantiguos la

El imperio romano basó su hegemonía universal en la garantía de su aparato jurídico – hoy hablaríamos de democracia liberal –, el poder de su ejército y la solidez de su economía.



destrucción de la civilización clásica, ahora estén haciendo exactamente lo mismo: demoler los valores occidentales en sus fundamentos y, lo que es todavía más grave, no presentar ninguna alternativa viable. Por lo menos, los bárbaros tardoantiguos se esforzaron en estudiar latín, y eso propició la conservación de muchas de las obras clásicas que han llegado hasta nosotros.

Para ejercitar esa visión a largo plazo, suelo buscar también analogías entre el mundo

contemporáneo y otras sociedades del pasado. Para mí, las tres potencias contemporáneas (Estados Unidos, China, Europa) tienen un paralelismo extraordinario con las tres potencias de la Edad Antigua: Roma, Persia y Grecia (*nihil novum sub sole*). La equiparación entre Roma y Estados Unidos parece la más obvia, puesto que el imperio romano basó su hegemonía universal en la garantía de su aparato jurídico – hoy hablaríamos de democracia liberal –, el poder de su ejército y la solidez de su economía. Roma era una ciudad abierta a las novedades, donde la tecnología aportada por arquitectos e ingenieros superó cualquier otra disquisición humanística. Las similitudes entre Persia y China, por su parte, se basan en la confianza absoluta en un régimen autocrático intolerante a cualquier disidencia interna, una cierta incapacidad de asimilación cultural sino es a través de la conquista militar, y una llamativa alergia a cualquier injerencia desde exterior. No es casualidad que el heredero histórico de la Persia antigua –el Irán de los Ayatolás–, haya preservado también estas tendencias, aunque lo haya hecho con el ropaje islámico,

opuesto (pero sustancialmente igual) al ropaje comunista de los chinos. El paralelismo entre Persia y China tiene, por cierto, también muchas analogías con el de Bizancio y Rusia, pero esto nos llevaría ahora demasiado lejos.

¿Qué hay, pues, del paralelismo entre la Grecia clásica y Europa? Cuando, hacia el siglo I, Roma se enseñoreaba por el Mediterráneo como una potencia política, militar y económica de primer orden, Grecia sólo se contentaba con la nostalgia de un pasado heroico, pero también con un patrimonio cultural indiscutible. Un personaje tan universal como san Pablo se vanagloriaba de tener la ciudadanía romana por nacimiento, pero jamás se hubiera rebajado a utilizar el latín en sus escritos, optando por el griego. Durante muchos siglos, la lengua griega representó toda la

inagotable herencia filosófica y literaria de la Grecia clásica, expandida además por todo Oriente gracias a Alejandro Magno, por lo que se la reconoció durante muchos siglos como la cultura helenística. Gracias a ese reconocimiento de la cultura griego-helenística, que fue más allá de la pérdida de vigor económico de las colonias griegas, se pudo preservar durante la Edad Media y hoy podemos beneficiarnos de toda su sabiduría y esplendor. Europa puede aparecer algo lánguida y mortecina en la actualidad, pero quizás su cultura no lo esté tanto, y tenga una duración muchísimo mayor – por ser más universal – que la de los Estados Unidos, China, Rusia o los países islámicos.

La vieja dama europea merece, por lo menos, una oportunidad.

BIBLIOGRAFÍA

El ensayo de Philippe Nemo *¿Qué es Occidente?* (Madrid, Gota a Gota, 2006) tiene la virtud de señalar los aspectos históricos de Occidente que han pervivido en la actualidad y que han influido más en otras civilizaciones.

El libro de José Enrique Ruiz-Domènec *Europa. Las claves de su historia* (Barcelona, RBA, 2010) es una excelente reflexión sobre las claves globales de la historia de Europa, un modelo de armonía entre sana erudición y brillante interpretación histórica.

Una deliciosa reflexión sobre los fundamentos históricos de la civilización occidental, más filosófica que histórica pero muy sugerente, y que parece no haber sufrido el paso del tiempo, es el clásico de Christopher Dawson, *Los orígenes de Europa* (Madrid, Rialp, 2007).

Me permito remitir también a Jaume Aurell, *Genealogía de Occidente* (Barcelona, Pensódromo, 2017), un recorrido por la historia de Occidente desde sus tres pilares fundacionales – Jerusalén, Atenas, Roma – hasta las ideologías y movimientos que rigen el mundo actual.

Copyright © Instituto Cultura y Sociedad de la Universidad de Navarra, 2021. Todos los derechos reservados. Esta publicación es para uso exclusivamente particular. Cualquier reproducción, explotación, transformación, cesión o comunicación pública de este ensayo tanto por medios electrónicos como físicos (incluyendo fotocopias, escaneados, y/o archivo) requiere permiso por parte de ics@unav.es. Se permite colgar el texto parcialmente en webs de acceso público con enlace a la fuente original.

Para cualquier consulta puede contactar con ics@unav.es. Instituto Cultura y Sociedad /Universidad de Navarra / www.unav.edu/ics

Sigue al Instituto Cultura y Sociedad en:

<https://www.facebook.com/ICSunav/>

https://twitter.com/ics_unav

<https://www.unav.edu/web/instituto-cultura-y-sociedad>